

La muerte y el cerezo

Capítulo 1: El cuenco

Había una vez un soldado japonés que se había vuelto loco por la muerte de sus padres en Hiroshima. Por eso, se convirtió en soldado kamikaze. En 1934, se preparó para atacar una base soviética en Tokio. Sus compañeros tenían dificultades y los soviéticos iban ganando. Entonces, “¡boom!”, estalló su avión en la base enemiga y ganaron la batalla. Pero murió.

Cuando despertó, estaba en frente de un buda colosal al que miraba atentamente. “Hola”, dijo Buda, “desde ahora cargarás con la pesada armadura y vivirás dentro del cuerpo de la desgracia; sufrirás por tus actos hasta que llegues al cerezo divino”. Segundo, apareció en el lugar más oscuro y horrible y en sus esqueléticas manos había un cuenco tibetano y unas letras doradas que salían de él. Decían “tócalo y síguelo, descubre el buen morir”.

Tocó el cuenco y se convirtió en un conejo blanco de hermoso pelaje suave y de ojos rojos. El conejo comenzó a avanzar y se subió a una piedra, miró a un punto negro, saltó a él y el punto se impregnó en él. El conejo se sacudió y con su mirada hizo una señal de seguir avanzando. Pero era extraño porque había una montaña al frente suyo. Luego, el conejo saltó en su cuenco y ¡puf!, desapareció. El samurái, confundido, tocó el cuenco y ¡puf! otra vez, pero no salió el conejo, solo una mochila. En ella, metió el cuenco y comenzó a escalar.

Capítulo 2: Los demonios

Después de treinta minutos, terminó de escalar. Acababa de llegar a un lugar muy extraño. Todo era negro y rojo, pero a lo lejos vio un búho con una máscara de bambú. El búho voló hacia él, se paró en su hombro y le dijo: “la mancha debes encontrar en este reino”.

Después de una larga caminata, se encontraron con unos demonios que estaban robándose a más búhos, pero tenía una de las manchas para el conejo. Al ver tal caos, el samurái tocó el cuenco y salió una catana.

Rápidamente, el demonio se dio cuenta de su presencia y los atacó, pero el samurái manejaba la catana perfectamente y le logró hacer batalla. Era un espaldazo por ahí, otro por allá. Pero finalmente, le ganó y dio la mancha. Se la entregó al conejo. Ya casi de la mitad de su cuerpo era negro.

Capítulo 3: El final

Al salir del reino de los demonios, el conejo señaló el cuenco. El samurái lo tocó y ¡pum! se teletransportaron a una arena de batalla donde había miles de habitantes del paraíso. De una enorme puerta salió una araña gigante.

El samurái intentó hacerle batalla, pero nada. Luego, la araña les tiró su hilo y él quedó atrapado, pero el conejo no. Todo indicaba su fin porque la araña pensaba almorzarlo. Antes de que los tragara, el conejo se veía tranquilo y en paz. Al voltear la araña ¡ñam! Se los tragó, pero no murieron.

Estaban en un lugar muy brillante, al fondo estaba la última mancha y el samurái y el conejo se dirigieron a ella. El conejo se echó en el punto y comenzó a morir en los brazos del samurái. Se volvió más pequeño con el paso del tiempo, pero su cuerpo se convirtió en un yin yang, y luego se hundió y salió el cerezo.

Luego, el samurái murió, finalmente, para descansar en paz.

Pablo Soldevilla Bustamante
Quinto de Primaria